

# MEMORIA

Nº10, MAYO 2013

Revista sobre Cultura, Democracia  
y Derechos Humanos

# DOSSIER

# Los usos de la memoria

**Tzvetan Todorov**



**Tema abordado en la conferencia  
dada por el autor en el IDEH-PUCP  
en noviembre de 2012  
Traducido del francés  
por Mariella Villasante Cervello  
IDEH-PUCP, Lima, abril 2013**

El ser humano se distingue de las otras especies animales por la conciencia que tiene de estar inscrito en el curso del tiempo. Él sabe que es mortal, que su vida tendrá un fin, él sabe también que ella tuvo un comienzo que liga ese momento inicial al momento presente. Esta continuidad se presenta a su conciencia bajo la forma de una narración, reescrita a lo largo de toda su existencia. Las comunidades humanas no tienen una imagen clara de su nacimiento y menos aún una prefiguración de su muerte, sin embargo actúan de manera análoga a la de los individuos, salvo que se contentan con transmitir las narraciones concernientes al pasado común, compartidas por una parte importante de la población. Esta conciencia del tiempo pasado es lo que llamamos, en un sentido muy general, la memoria individual o colectiva.

## Memoria y olvido

La memoria no se opone en absoluto al olvido. Los dos términos que se oponen realmente, que forman contraste, son el olvido y la conservación ; la memoria es siempre y necesariamente una forma de interacción entre los dos términos. La restitución integral del pasado es algo imposible, la memoria implica siempre una selección: algunos rasgos del hecho vivido son conservados, en cambio otros son apartados desde el inicio o progresivamente, es decir que son olvidados. Es por esta razón que es tan desconcertante el uso del término «memoria» para designar la capacidad de las computadoras de conservar la información pues para efectuar esta operación falta un rasgo constitutivo de la memoria: el olvido. Paradójicamente, se puede decir que lejos de oponerse, la memoria es el olvido; un olvido parcial y orientado en una dirección, un olvido indispensable.

No podemos decidir, en lo absoluto, que el recuerdo del pasado sea preferible al olvido. La elección entre los dos depende de las circunstancias. La recuperación del pasado es un derecho legítimo en democracia, pero no podría ser un deber. Habría una gran crueldad en hacerle recordar a alguien los hechos más dolorosos de su pasado ; el derecho al olvido también existe. Jorge Semprún ha contado en *La escritura o la vida* [1994], cómo en un momento dado de su existencia ha sido salvado gracias al olvido de su experiencia en un campo de concentración nazi<sup>1</sup>. A nivel individual, cada cual tiene el derecho de decidir.

En la vida pública también se puede preferir el olvido a la memoria del mal. Americo Vespucci, uno de los primeros exploradores del continente americano, cuenta una historia interesante sobre este tema. Después de haber descrito los encuentros de los europeos con la población indígena, que van de la colaboración a la confrontación, Vespucci afirma que los diferentes grupos locales se hacen la guerra entre ellos también. ¿Cuál es la razón? Americo explica: «Ellos [los indígenas] no combaten por el poder ni por extender sus territorios, ni empujados por cualquier otro deseo irracional, sino a causa de un odio antiguo, instalado desde hace mucho tiempo entre ellos». Si Americo tiene razón ¿no deberíamos acaso desear que esas poblaciones olviden un poco sus odios para vivir en paz, desear también que sus rencores se apaguen y que encuentren así un mejor uso de la energía liberada [negativamente]? Pero ello sería querer que sean otros diferentes a quienes somos.

Mantener la memoria del mal hace daño, en ciertos casos, al equilibrio social ; pero el olvido puede tener también efectos nefastos. La vida afectiva del individuo nos ofrece un paralelo clarificador. El psicoanálisis atribuye un lugar central a la memoria: la neurosis reposa sobre ese problema particular de la memoria que es la represión [*refoulement*]. El sujeto ha dejado de lado su memoria viva, es decir de su conciencia, ciertos hechos vividos en su infancia, y que le son, por diversas razones, intolerables. Su cura, por medio del psicoanálisis, pasa por la recuperación de sus recuerdos reprimidos.

Mientras estuvieron reprimidos, los recuerdos estaban activos y no permitían al sujeto vivir normalmente. Luego de haber sido recuperados, los recuerdos pueden ser puestos en su lugar. Así, al volverse parte de la memoria viva, el pasado antes reprimido o rechazado cesa de ordenar el presente de manera subyacente. La memoria colectiva podría seguir el mismo camino.

## El trabajo de rememoración

Si escogemos hacer vivir el pasado en el presente, ese trabajo pasará necesariamente por varias etapas. En la práctica, esas etapas se presentan confundidas entre ellas, o se organizan de manera desordenada; sin embargo, voy a separarlas en la descripción que sigue a continuación por comodidad.

## La construcción de los hechos y del sentido

La base sobre la cual reposan todas las construcciones posteriores es la recolección de informaciones. Sin ese primer paso, no podemos siquiera hablar de un trabajo sobre el pasado. Ante un hecho, el historiador comienza por buscar la respuesta a algunas cuestiones elementales : quién, qué, cuándo, dónde. Sin embargo, no es el pasado mismo que se inscribe mecánicamente en el presente sino, solamente y siempre, su representación. Que lo queramos o no, no se tiene nunca acceso sino a algunas trazas materiales y síquicas de lo que ha sido: entre los hechos en sí y los vestigios que dejan, ha tenido lugar un proceso de selección que escapa a la voluntad de los individuos. A partir de ahí comienza otro proceso de selección, consciente y voluntario : de todas las trazas del pasado escogemos retener y consignar solamente algunas de ellas que juzgamos, por diversas razones, dignas de ser perpetuadas. Ese trabajo de selección es secundado por otro trabajo de disposición y, en consecuencia, de jerarquización de las informaciones establecidas : algunas serán expuestas a la luz, en cambio otras serán relegadas a la periferia.

Es preciso insistir sobre esta primera característica de la memoria : las trazas son materiales, pero los hechos mismos no se encuentran tal cuales, « en la naturaleza », son siempre el resultado de una construcción, consciente o no. Un hecho es necesariamente el resultado de la combinación de algunas trazas materiales con un sentido dado ; y el sentido [atribuido a las cosas] es producido exclusivamente por los seres humanos. Eso significa también que el saber producido en ese campo no es nunca arbitrario, dado que él integra datos irrecusables, pero al mismo tiempo no es nunca independiente del poder. Es necesario disponer del saber par ser quien identifica o formula los hechos. Esto se observa en el trabajo de los periodistas, que son, a menudo, los primeros que describen tal o cual hecho : la percepción que tendrá el público del evento dependerá de sus personalidades, de sus experiencias, de sus puntos de vista, de sus intenciones. Es de ahí que nace el poder de los *mass medias*.

Apenas constituidos, los hechos se encadenan entre ellos para formar narraciones o argumentos. Por ejemplo, durante la Segunda Guerra Mundial, se descubrieron en el

bosque de Katyn, situado en el Oeste de Rusia, varios miles de cadáveres [14,540]. Su examen permitió establecer que se trataban de oficiales polacos, ejecutados algunos meses antes : la respuesta a las primeras preguntas (donde, cuándo, quién, qué) es clara. Sin embargo, un vez los establecidos hechos, hay que interpretarlos, es decir esencialmente ponerlos en relación los unos con los otros, identificar las causas y los efectos, relevar las similitudes, las gradaciones, las oposiciones. Se encuentran así, un vez más, los procesos de selección y de combinación. Pero el criterio que permite juzgar ese trabajo ha cambiado. La diferencia entre esas dos fases del trabajo de apropiación del pasado corresponde a aquella que existe entre la constitución de los archivos y la escritura de la historia propiamente dicha. Cuando una primera prueba de verdad (¿esos hechos han tenido lugar realmente?) permite separar los historiadores de los inventores, los testigos fiables de los mitómanos, una nueva prueba permitirá distinguir los buenos de los malos historiadores, entre testigos excelentes y mediocres. Los cadáveres de Katyn son atribuidos por los ocupantes nazis de Rusia a los Soviéticos que dominaban la región antes de su llegada; estos últimos afirman que la responsabilidad incumbe a las fuerzas armadas alemanas. Pasaron muchos años antes de que fuera posible constituir una narración coherente y plausible : la decisión de esa masacre fue adoptada por los dirigentes de Moscú y formaba parte de su estrategia global de control de su vecino polaco.

El término de «verdad» puede ser útil aquí pero a condición de darle un sentido nuevo : no una verdad de adecuación, de correspondencia exacta entre los discursos del presente y los hechos del pasado, sino una verdad de revelación que permite comprender el sentido de un hecho. Un gran libro de historia no contiene solamente informaciones exactas, sino que nos enseña también cuáles son los fundamentos de la psicología individual, o aquellos de la vida social y política.

### **La utilización del pasado resucitado**

Luego de haber identificado los hechos y de haberlos interpretado intégrandolos a una narración, se los puede, también, poner al servicio de un objetivo que les es exterior. En general, los historiadores profesionales repugnan admitir que ellos participan en esta nueva fase del trabajo y prefieren considerar que su misión está terminada con la reconstitución de los hechos en su materialidad y en su sentido interpretativo. Tal rechazo de todo uso ulterior del pasado es, por supuesto, posible, pero creo que ello es más bien excepcional. Para establecer los hechos, y a mayor razón para componer una narración coherente o una argumentación sobre los hechos pasados, el historiador, como cualquier ser humano, está obligado a escoger ciertos elementos del pasado en detrimento de otros y a establecer relaciones entre ellos que no provienen de la observación directa. De hecho, ese trabajo de selección y de combinación está orientado, necesariamente, por la preocupación de la verdad y también de ciertos valores (o si se prefiere por el Bien). Es cierto que la ciencia no se confunde con la política, sin embargo la ciencia humana tiene finalidades políticas, y estas pueden ser buenas o malas. Dado

que la memoria es selección, se han debido encontrar criterios para escoger entre todas las informaciones recibidas ; y esos criterios, conscientes o no, sirvan también a orientar la utilización que haremos del pasado.

## Memoria e historia

Para precisar la naturaleza de las narraciones por las cuales resucitamos el pasado, debemos distinguir entre dos tipos de discurso que llamamos de manera corriente memoria e historia. La «memoria» toma un sentido más restringido del que le hemos acordado anteriormente, el término significa ahora la expresión verbal de una experiencia subjetiva, que sea individual o colectiva. El individuo-sujeto ha vivido el mismo un hecho y restituye sus recuerdos. El otro término, «historia» no corresponde a una visión objetiva del mismo hecho — un proyecto irrealizable —, sino más bien a una reconstrucción intersubjetiva. Al historiador le debe interesar conocer la narración subjetiva del testigo, pero no se debe contentar con ello pues tendrá que confrontarla a las narraciones de otros testigos comprometidos en la misma acción. También tiene que tomar en cuenta la experiencia de aquellos que se han acercado al mismo hecho desde otro punto de vista ; el historiador cuantifica y sobrepesa los datos recogidos, y trata de circunscribir las condiciones que han rendido el hecho posible, así como los efectos que ha engendrado a corto y a largo plazo.

Los historiadores observan los testimonios personales con cierta reserva ; pasa todavía que ellos obtengan a menudo más atención de los *mass medias* y del gran público que sus propias investigaciones... [lo que les molesta es que] su valor factual es poco fiable y se presta raramente a la verificación. La memoria individual está sujeta a arreglos y a acomodamientos de los cuales el testigo no es consciente. En cuanto a los testigos, ellos desconfían de los historiadores : no estaban en el terreno, no han sufrido en carne propia, la época de los hechos, quizá se paseaban con ropa de niños o quizá ni siquiera habían nacido. Sin embargo, en vez de escoger entre ambos, podemos proponer una complementaridad entre sus aproximaciones. Si queremos conocer el interior de las experiencias de los que defienden las teorías opuestas, haríamos bien en escuchar la narración de un miliciano y de un resistente, viviendo ambos en el mismo país ocupado durante la Segunda Guerra Mundial. Si buscamos estimar el valor de esas posiciones, las consecuencias prácticas de una y otra, las relaciones entre palabras y actos, haríamos mejor tomando en cuenta el trabajo de los historiadores ; pero si lo que buscamos es sumergirnos en lo vivido por los actores, la narración del testigo es irremplazable. Si queremos conocer la vida en los campos de concentración alemanes durante la Segunda Guerra Mundial, no necesitamos escoger entre el análisis histórico de Raul Hilberg<sup>II</sup> y el testimonio personal de Primo Levi<sup>III</sup>: los dos son irremplazables.

## Escollos y tentaciones

El trabajo de interpretación, sobre todo cuando concierne hechos traumatizantes, representa una forma de navegación peligrosa entre dos escollos importantes : la sacrali-



zación, o el aislamiento radical del recuerdo, y la banalización, o la asimilación abusiva entre pasado y presente.

La sacralización es por principio una supresión, un escudo, una forma de separación, una prohibición de tocar. Una primera forma de sacralización consiste en separar el hecho de su contexto. Se separan entonces todas las asociaciones de contigüidad, por temor de que las circunstancias evocadas no impliquen que los crímenes del pasado puedan ser excusables. Contextualizar, y en general comprender, o querer explicar, implicaría relativizar la gravedad de los hechos e incluso justificarlos. La búsqueda de causas es asimilable a la búsqueda de excusas ; lo cual es abusivo. Todo el sistema judicial en uso en los estados democráticos está fundado sobre el postulado inverso. Cuando se constata un crimen, se busca castigar al culpable, pero, salvo si se adhiere a la Ley de Talión [« ojo por ojo y diente por diente »], también se trata de comprender porqué el crimen fue cometido. ¿Cómo sino se podría evitar que se repita en otras circunstancias o con otros culpables? Comprender no es excusar ni justificar, es solo un medio — el único y bien frágil —, de prevenir crímenes futuros.

En una segunda forma de sacralización, se separan las asociaciones por similitud para asegurarse de la unicidad del hecho del pasado y su carácter incomparable. En este contexto, se repugna servirse de términos como «genocidio» o «totalitarismo»; aquellos que se sienten directamente concernidos por ellos los rechazan pues el sufrimiento extremo debe ser siempre único, al límite de lo indecible. Cada pueblo, como cada individuo, esta dispuesto a considerar el ultraje sufrido como si fuera el peor en el mundo; la comparación con otros hechos del mismo género es concebida como una ofensa, como un « negacionismo ». Dicho esto, no es porque los eventos del pasado sean únicos y que cada uno tiene un sentido específico, que no hay que ponerlos en relación con otros eventos, muy por el contrario. La especificidad no separa un evento de otros sino que los asocia entre sí. Cuanto más numerosas sean las relaciones, más se afirma la singularidad de cada hecho. Dios es sagrado, pero también absoluto y omnipresente, no particular, al extremo opuesto del hecho que ocupa un tiempo y un espacio. La sacralización hace imposible la comprensión y esto es uno de sus objetivos.

No es suficiente, sin embargo, ponernos en guardia contra los efectos indeseados de la sacralización pues el proceso inverso, la banalización es igualmente peligroso. En esta última, los hechos del pasado pierden toda especificidad, volviéndose un simple instrumento que debe ser utilizado en el presente. Un mal tan extremo como el que se vivió en el siglo XX, por ejemplo, es fácilmente transformado en simple arma retórica. Pero cada vez que ello sucede, renunciamos a aprehender este mal en toda su especificidad y lo más grave es que podemos desconocer enteramente el sentido de otros hechos nuevos. Cuando utilizamos el término «fascista» como simple sinónimo de «sinvergüenza», toda comprensión del pasado, como del presente, está perdida. En ese marco, el personaje de Hitler es regularmente «acomodado a todas las salsas», se lo encuentra en todas partes, cuando sus crímenes son reconocidos como únicos e incomparables!



## El genocidio de Cambodia

Quisiera ilustrar el uso de esos diversos conceptos por medio de dos evocaciones. La primera concierne un episodio de la historia reciente, el genocidio de Cambodia, que tuvo lugar durante la toma de poder político de los Khmers Rojos, en 1975, y su derrota militar por el Ejército vietnamita en 1979. Ese genocidio se desarrolla con una lógica implacable. Al comienzo, son ejecutados todos los antiguos enemigos, pero también los desviados sociales [*déviants*] : locos, discapacitados, leprosos. Enseguida vienen los que no pertenecen a las clases privilegiadas de obreros y campesinos, es decir los profesores, los empleados, los comerciantes y los propietarios, que son expulsados de las ciudades y enviados a cavar canales y construir represas: para meritar ser parte del pueblo deben ser reeducados. Un año más tarde comienza la tercera fase, una caza a los «enemigos internos», una purga permanente que golpea a los revolucionarios mismos, conducidos como sospechosos a prisiones especiales, donde son torturados para que revelen los nombres de sus « cómplices », y luego ejecutados sistemáticamente. La vida de un «enemigo» no vale nada y ese juicio se extiende a toda su familia : esposa, hijos, parientes, amigos, colegas. Se considera que esos presos son «bolsas de sangre», se les extrae toda la sangre (lo cual causa una muerte inmediata), se practica con ellos la vivisección «para estudiar la anatomía». El número de víctimas en el curso de los cuatro años de revolución de los Khmers Rojos es estimado a dos millones de personas, es decir entre 20 y 25% de la población del país.

Estos eventos han vuelto a la actualidad en el marco de un juicio que ha tenido lugar en Cambodia en 2009, el primero en su género : el de un antiguo director de un centro de tortura y de exterminación, llamado Tuol Sleng, o «S21», transformado en museo [en la ciudad de Phnom Penh]. El director se llama «Duch» y es responsable de la muerte de por lo menos 12,500 personas. Este personaje presenta la particularidad de no buscar eludir sus responsabilidades; muy por el contrario, se reconoce culpable de un crimen abominable que él afirma lamentar amargamente. Y además, se compromete en buscar, sin concesiones, las razones de sus actos. Sin embargo, esta no es la visión de los representantes de las víctimas, los hijos de las personas torturadas, que se interesan solamente en la culpabilidad del acusado y en el castigo que le será impuesto. Por su lado, los magistrados no se interesan en las razones por las cuales el acusado ha actuado como lo ha hecho en virtud del principio jurídico según el cual el individuo es plenamente responsable de sus actos<sup>IV</sup>. En consecuencia, la justicia respeta la memoria de las personas pero no desea recargarse con consideraciones históricas.

Dicho esto, en el curso de los debates que tienen lugar en todo el país se observa una reacción diferente. Campesinos casi analfabetos exponen un cuestionamiento de fondo. Uno de ellos, nota el historiador Cruvellier, dice al fiscal : «Usted está tratando de condenar el humo sin tratar de buscar el origen de la hoguera. Yo quiero saber porqué se han matado tantas personas». El juicio no responde a esta pregunta, ni tampoco el Museo de Tuol Sleng, por el contrario, dos libros excelentes publicados en Francia en

2011 aportan algunas respuestas. El primer autor es Rithy Panh, de Cambodia, que ha vivido el régimen de los Khmers Rojos cuando era niño y cuyos padres han fallecido. Emigrado en Francia [en 1980], se volvió cineasta, es autor de varios filmes documentales sobre el genocidio y ha escrito el libro «*L'élimination*» [*La eliminación*], que es a la vez una narración autobiográfica y un análisis del personaje de Duch. El autor del segundo libro es el historiador francés del siglo XX, Thierry Cruvellier, que ha seguido todos los procesos recientes por crímenes contra la humanidad a través del mundo. Su libro sobre el proceso de Duch y su contexto se titula «*Le maître des aveaux*» [*El maestro de las confesiones*].

La conclusión hacia la cual tienden las dos obras es similar. Si queremos comprender lo que ha sucedido en Tuol Sleng y las razones por las cuales Duch se ha vuelto un asesino de masas no es necesario acercarse a su pasado individual. Antes de su afiliación política a los Khmers Rojos, Duch era un maestro al que le gustaba su trabajo, era inteligente y atento a las necesidades de los otros. Luego de la caída del régimen, Duch se comprometió en obras de caridad. La metamorfosis del individuo y la catástrofe que vive la población de Cambodia, se explican menos por las distancias psicológicas que por la posición geopolítica del país y por la ideología comunista que anima los Khmers Rojos. Su jefe histórico Pol Pot [fallecido en 1998] conservaba en su escritorio «los libros de Marx, Lenin y Mao» hasta en su último refugio de la selva y mucho después de su caída.

El elemento fundamental de esta ideología no es un proyecto particular sino un principio según el cual nada puede oponerse al poder ejercido por el partido (llamado la Organización). Ninguna otra cosa es sagrada o irrevocable. El deber de un hombre no proviene de consideraciones morales, religiosas o cósmicas ; como nota Panh, el deber es «una orden dada por un hombre a otro hombre». El pasado individual no es un dato inmutable. La identidad de cada cual es borrada para ser luego reconstruida : recibe un nuevo nombre, se ve asignada un nuevo lugar de residencia y una nueva ocupación (lo más frecuente es cavar canales de irrigación o excavaciones de tierras). Todos se visten con el mismo uniforme. Las personas educadas son perseguidas en modo particular dado que tienen un saber independiente de la Organización y es necesario que se lo olviden. Por esta misma razón las bibliotecas y las universidades son cerradas.

Las familias antiguas son separadas así, según Panh, una consigna de los Khmers Rojos afirma : «Renuncia a todos tus bienes, a tu padre, a tu madre, a tu familia!». Los términos de «esposo» y «esposa» son condenados, la Organización decide quién se va a casar y permite a la nueva pareja un día de vida común cada diez días. Cruvellier nota que los niños son separados de sus padres, confiados a amas y educados más tarde en centros colectivos. Ellos son considerados privilegiados pues no tienen un pasado que se deberá destruir, como dice Panh : «Solo un niño que acaba de nacer es puro» dice una consigna. El individuo mismo no tiene valor<sup>v</sup>, como dice otra consigna: «Si te guardamos no ganamos nada, si te eliminamos no perdemos nada».

Las palabras de la lengua pierden su sentido original, para ello es suficiente agregarles

un término calificativo: «la verdad proletaria» no tiene nada que ver con la verdad ; o la «moral proletaria» con la moral. Según Cruvellier, para Duch: «Lo que los juristas llaman ejecuciones extra judiciales nosotros, en ese tiempo, las llamábamos lucha de clases». Todo sentimiento de origen exterior a la doctrina debe ser abandonado: los combatientes de la revolución no deben ser ni malos ni crueles, ni tolerantes, ni sensibles, lo único que se les pide es obedecer. O, según la interpretación oficial: «Razonar con los sentimientos es imposible. Hay que razonar según los principios del Partido». Ese poder sin límites, porque nada se le resiste, permite alcanzar cualquier objetivo: «Si tienes el espíritu revolucionario todo te es posible», nota Panh.

De esta ideología del poder absoluto emana el terror como medio de imponerla. La Organización no se molesta con matices o diferencias sutiles, para ella, como para la mayoría de las religiones, quien no está con nosotros, está contra nosotros. Según Panh> «Quien protesta es un enemigo, quien se opone es un cadáver!». Quien ha sido capturado es culpable, quien es culpable debe ser matado. «Si no trabajas lo suficiente, te transformaremos en abono de los arrozales». En este mundo unidimensional no existe la posibilidad de escoger, Cruvellier escribe : «O se adapta, o se muere». Esos rasgos de la ideología permiten comprender por qué el número de víctimas en los países totalitarios comunistas es siempre más elevado que aquel de las víctimas de las dictaduras militares y de los regímenes autoritarios. La dictadura de Suharto en Indonesia es cruel, pero es el régimen comunista de Mao quien es responsable de millones de víctimas [65 millones]. Del mismo modo, en Europa, las personas masacradas por Stalin son, proporcionalmente, más numerosas [20 millones] que las de los regímenes represivos de Franco en España y de Salazar en Portugal.

En América Latina, las cifras van en el mismo sentido : en el Perú, donde la insurrección maoísta de Sendero Luminoso ha provocado una forma de guerra civil, se cuenta (durante un periodo de tiempo comparable, 1980-2000 y 1973-1990) con un número proporcionalmente diez veces más importante que en Chile, país que ha vivido un régimen dictatorial. Del mismo modo, han habido diez veces más víctimas en Colombia, donde la guerrilla de inspiración comunista ha llevado a un estado de guerra civil, que en Argentina, país que ha sufrido un golpe de Estado y una dictadura militar (durante un período mucho más corto)<sup>VI</sup>.

Es esta ideología que aclara las acciones particulares cometidas en el curso de la dictadura comunista, si se ignora este hecho, nos condenamos a sentir únicamente compasión por las víctimas, sin avanzar hacia una comprensión del proceso que les ha hecho desaparecer. Sería necesario también recordar las condiciones que han permitido a esta ideología imponerse con tanto suceso : la guerra civil en Cambodia que en los años precedentes, entre 1970-1975, había provocado 600,000 muertos ; el diluvio de bombardeos norteamericanos (fueron lanzados cuatro veces más bombas que sobre el Japón durante la Segunda Guerra Mundial) ; y el deseo de libertad y de justicia que engendraron esas violencias en el seno de la población de Cambodia. De esta manera,

más que oponerse a la memoria, la historia permite enriquecer su sentido y compartirlo con una comunidad más importante.

## La experiencia peruana

Evocaré rápidamente la situación peruana que mis lectores conocen mejor que yo. Como sabemos, a diferencia de lo sucedido en países vecinos como Argentina, Chile o Brasil, donde golpes de estado militares instalaron regímenes dictatoriales, en el Perú fue un movimiento de extrema izquierda que puso en peligro los gobiernos legalmente establecidos y condujo al país al borde de una guerra civil. El movimiento que adoptó el nombre de Partido comunista del Perú-Sendero Luminoso (PCP-SL), de obediencia maoísta, habría sido aprobado por Pol Pot. A partir de 1980, los senderistas exterminan pueblos enteros, ponen bombas en lugares frecuentados por las poblaciones, torturan, destruyen los centros de la vida social. Se comportan como miembros de una secta religiosa, ofreciendo un culto hiperbólico al jefe Abimael Guzmán, llamado « presidente Gonzalo ». Otro grupo revolucionario actúa en paralelo [después de 1984], pero de manera mucho menos eficaz, el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru (MRTA). La represión del Estado que se abate sobre el PCP-SL y el MRTA transgrede a menudo el marco legal, sobre todo después de la elección de Alberto Fujimori. En 1992, hubo un doble cambio : Fujimori realiza un autogolpe de Estado en abril, apoderándose de la totalidad de los poderes ; luego Guzmán es capturado en setiembre, y el PCP-SL comienza a dar muestras de debilidad. Fujimori se refugia en el Japón y presenta su renuncia, que, sin embargo, es rechazada por el Parlamento, que lo excluye del cargo de Presidente en noviembre del 2000.

Lo más resaltante de esta historia no es solamente la fuerza del único movimiento maoísta del continente americano, lo es también la manera en que la sociedad peruana ha reaccionado al traumatismo vivido en los últimos veinte años del siglo XX. Ante la enormidad de los crímenes cometidos de parte de los grupos revolucionarios y del Estado (acciones terroristas, ejecuciones extrajudiciales), la tentación de producir un cuadro maniqueo del pasado inmediato no existe en el Perú, en cambio esta tentación está muy presente en los países que han sufrido de un solo enemigo de la democracia, la dictadura militar. La justicia peruana ha condenado a Guzmán a cadena perpetua y a Fujimori a 25 años de cárcel. Una Comisión de la Verdad y la Reconciliación, compuesta de personalidades, bajo la presidencia del Dr. Salomón Lerner Febres, ha establecido un Informe Final preciso y prudente en el 2003. Los autores de la CVR han estimado cerca de 70,000 muertes, de las cuales el PCP-SL es responsable de 54%, los agentes militares del Estado y las milicias civiles de 46% y el MRTA de 1%. La responsabilidad principal del conflicto incumbe al PCP-SL, pero las acciones de los representantes del Estado son importantes y sus actividades han comprometido las nociones de justicia y de poder legal, minando las bases mismas del aparato estatal.

El paralelo entre los dos tipos de enemigos de la legalidad democrática ha sido recordado estos últimos meses. De un lado, los partidarios de Sendero Luminoso, antiguos

senderistas que han purgado sus penas de cárcel, o nuevos reclutas, estudiantes de las universidades estatales, piden la liberación del bien amado «presidente Gonzalo» [en el marco de actividades del Movimiento por la Amnistía y los Derechos Fundamentales, MOVADef]. Estos grupos buscan aprovechar las garantías y las libertades de la sociedad democrática, que se proponen sin embargo destruir: he aquí una nueva versión de un dilema antiguo ¿hay que tolerar la intolerancia? De otro lado, y al mismo tiempo, los partidarios de Fujimori demandan que su antiguo jefe se beneficie de una amnistía humanitaria, recordando que él ha combatido con eficacia el terrorismo. Por el momento, el gobierno peruano se muestra fuerte y ha rechazado con firmeza las dos demandas.

Hay sin embargo una sombra importante en el contexto político actual : los jóvenes peruanos ignoran, en su gran mayoría, el pasado reciente de su país. El gobierno, que ha adoptado una política que favorece el enriquecimiento de los individuos más que la consolidación del Estado, no atribuye fondos destinados a conservar la memoria del pasado. La ayuda de países extranjeros ha permitido que se inicie la construcción de un futuro «Lugar de la Memoria» consagrado a este periodo, pero su contenido y los créditos necesarios para su culminación son aún inciertos. La democracia peruana, que ha sabido resistir a los ataques venidos de horizontes opuestos mérita de triunfar del peligro ultra liberal.

### **Bienhechores, malhechores y víctimas**

El tema de los usos de la memoria puede ser considerado desde un punto de vista diferente. Ya he recordado que los hechos que constituyen el pasado se nos presentan bajo la forma de narraciones. Notemos ahora que esas narraciones siguen esquemas estereotipados. La narración de un acto que no es moralmente neutro, puede ir en el sentido del bien o del mal y concierne al menos dos protagonistas, el agente y el paciente. Esto permite distinguir, en toda narración histórica que se refiera a los valores, cuatro roles principales : he podido ser el bienhechor o el beneficiario de un acto, como también el malhechor o la víctima. A primera vista, solo dos de esos roles están claramente demarcados en el plano de los valores (el bienhechor y el malhechor), en cambio los dos otros son neutros y pasivos : el bienhechor y la víctima. En realidad, estos dos últimos roles se encuentran marcados moralmente por la fuerza de la relación con los dos primeros : ser beneficiario de un acto es una situación menos gloriosa que aquella de ser el agente, dado que ello corresponde a un momento de nuestra incapacidad ; ser víctima de un daño es evidentemente más respetable que ser responsable. Ahí se reconocen los dos grandes tipos de construcción histórica : la narración heroica, que canta el triunfo de los míos ; y la narración de la víctima que reporta su sufrimiento.

Podemos sorprendernos de ver figurar las víctimas al lado de los héroes que todos admiran. ¿Que habría de agradable en ser víctima? Seguramente nada. Pero si nadie quiere ser víctima, aquellos que se presentan como tales son numerosos: ellos aspiran al estatus de víctima. La vida privada conoce bien ese tipo de escenario: un miembro de



la familia se apodera del rol de víctima para así poder atribuir a las personas que lo rodean el rol menos envidiable de agresor. Haber sido víctima le da derechos a quejarse, a protestar, a reclamar; y aquellos que le rodean están obligados a responder a sus demandas, salvo si quieren romper todo lazo con la persona. Es más ventajoso quedarse en el rol de víctima que recibir una reparación por la ofensa recibida (suponiendo que esta ofensa sea real); en lugar de una satisfacción puntual, se conserva un privilegio permanente ; la atención y el reconocimiento de los otros son así garantizados.

Lo que es cierto a nivel individual lo es más aún en el caso de los grupos. Si se llega a establecer de manera evidente que un grupo ha sido víctima de injusticia en el pasado, ello le abre un crédito inagotable en el presente. Dado que la sociedad reconoce que los grupos, y no solo los individuos, tienen derechos hay que aprovecharlo ; así, cuanto más grande ha sido la ofensa en el pasado, tanto más importantes serán los derechos en el presente. En lugar de tener que luchar por obtener un privilegio, se lo recibe simplemente por pertenecer al grupo que fue ofendido.

Dos de esos roles son favorables al sujeto, el del héroe bienhechor y el de la víctima inocente ; y dos roles le son desfavorables o neutros, el del malhechor y el del beneficiario pasivo. Si cuando se evoca el pasado de nuestro grupo, lo asimilamos a figuras positivas, nos gratificamos directamente dándonos el mejor rol. Esto es similar cuando, de manera paralela, instalamos a los otros en el rol del beneficiario incapaz de la acción heroica, o peor aún, en el rol del agresor. Esta descripción no produce ningún beneficio moral para aquel que la enuncia.

La única posibilidad que tenemos para progresar en la vía de una transformación interior consistiría en reconocer y en combatir el mal que existe en nosotros mismos. Si alguien declara hoy en día, en público, que está del buen lado de las cosas, que condena, como debe ser, a los malvados, que llora por los débiles y que admira a los fuertes, no agrega nada a su valor personal. Dar el ejemplo moral a los otros no ha sido nunca un acto moral. La virtud del héroe y la aureola de la víctima no influyen realmente sobre los admiradores, sea lo que fuere que éstos esperen. No hay nada heroico en el hecho de admirar a un héroe universalmente reconocido. Muy por el contrario, la buena conciencia neutraliza la buena acción. Beneficiar del prestigio de nuestros parientes-héroes, o compartir el sufrimiento de nuestros parientes-víctimas es normal e incluso positivo para el individuo ; pero a partir del momento en que esos sentimientos se expresan en público, toman un sentido suplementario : sirven nuestro interés, no nuestra educación moral. Si nos obstinamos en invocar ritualmente a los buenos, a los malos y a las víctimas del pasado para servir los intereses de nuestro propio grupo, podemos reclamar la admiración de sus miembros, pero no aquella de su conciencia. Por su lado, la experiencia de la víctima no tiene una lección para sus contemporáneos: su rol ha sido pasivo, ha sufrido la violencia sin encontrar la manera de defenderse. Para evitar que el crimen se repita debemos preocuparnos sobre la acción de los malhechores; también debemos asegurarnos de que los derechos de las víctimas hayan sido restituidos y de-

bemos darles toda nuestra compasión.

El recuerdo público del pasado no nos educa sino cuando con nos incluye personalmente y cuando nos muestra que nosotros mismos (o aquellos con los cuales nos identificamos), no hemos sido siempre la encarnación del bien o de la fuerza. Por el contrario, evocar el hecho de que «los míos» han podido ser los agentes del mal o los destinatarios pasivos del triunfo heroico de los otros, y ver esos otros como víctimas o como bienhechores no aporta ningún beneficio directo al individuo. Sin embargo, es solamente de esa manera que le es posible realizar un examen crítico del grupo al que pertenece. Para los autores de narraciones históricas, acordarse de las páginas del pasado en las cuales su grupo no es ni un héroe ni una víctima sería un acto de valor moral superior.

Ello implicaría también una manera de protegernos contra las facilidades del egocentrismo y del maniqueísmo, por los cuales estamos siempre tentados. Cuando se trata de hechos que nos conciernen personalmente y que tienen una cierta gravedad, todos tenemos la tendencia a darnos los bellos roles de héroes o de víctimas, erigiendo al mismo tiempo un muro infranqueable entre nuestros agresores, agentes del mal, y nosotros mismos. Tenemos tendencia a diabolizar a nuestros enemigos, haciendo de ellos monstruos inhumanos con los cuales no tenemos nada en común ; y, paralelamente, tenemos tendencia a idealizar, beatificar y angelizar aquellos con los cuales nos sentimos cercanos, viendo en ellos mártires inocentes o caballeros inmaculados. Esta representación es engañosa. A pesar de que todas las ideologías no tienen el mismo valor, ningún ser humano se reduce al rol de víctima pasiva ni tampoco al de malhechor. Sean cuales fueren sus actos, los individuos son seres complejos, no la encarnación de abstracciones. Este es el sentido de un antiguo proverbio cristiano que recomendaba «condenar el pecado y perdonar al pecador». La historia reciente y antigua nos enseña que, aún creyendo oponerse radicalmente a su agresor, aquel que lo combate tiende a parecersele. Los enemigos son hermanos que se ignoran y que son ciegos a su complementareidad. Así, en una guerra, se olvida rápidamente el ideal por el cual se debía luchar para aspirar solamente a borrar la ofensa recibida infligiendo al enemigo una ofensa aún más grave. «Aterrorizar a los terroristas» como lo pedía una consigna en el gobierno francés<sup>vii</sup>, corresponde a retomar por cuenta propia el espíritu de aquellos que se combate. Bajo la influencia del maniqueísmo, el combatiente se niega a reconocer su propio mimetismo.

## **El trabajo de la memoria**

En la vida pública, el recuerdo del pasado no posee su propia justificación dado que puede volverse el instrumento de los mejores como de los peores designios, tanto de la venganza y del resentimiento como de la abnegación y de la compasión. La memoria del pasado no es, en ella misma, ni buena ni mala. No es suficiente tampoco constatar que la memoria sirve, de una u otra manera, nuestro interés. Como lo dice Rithy Panh, que ha sufrido del mal en su propia carne y en la de sus parientes: «Lo que busco es la comprensión de la naturaleza de ese crimen, y no el culto de la memoria». Por ello



no existe el deber de memoria, sino un deber de verdad y de justicia, al cual podemos aspirar aún cuando sepamos que no los obtendremos jamás de manera definitiva. Podemos servir ese deber recordando las experiencias del pasado ; pero para que nos sean realmente útiles, esas experiencias demandan — como la reminiscencia personal un proceso de trabajo transformador. La transformación consiste en pasar de un caso particular a una situación general (un principio de justicia, un ideal político, una regla moral), que debe ser legítima en ella misma, no porque provenga de un recuerdo que nos es precioso. La singularidad del hecho no impedirá la universalidad de la lección que podemos sacar. La memoria del pasado nos puede ser útil si ella permite la concretización de la justicia en su sentido más general, que va más allá del marco de los tribunales ; lo cual implica también que lo particular debe someterse al precepto abstracto. La justicia tiene ese precio, y no es por azar que no es aplicada por los que han sido ofendidos o agredidos : es justamente la des-individualización, si se puede decir así, que permite la emergencia de la Ley.

La memoria del pasado será estéril si nos servimos de ella para erigir un muro entre el mal y nosotros mismos. Y es eso justamente lo que estamos siempre tentados de hacer. En la vida cotidiana también, olvidamos fácilmente el daño que hacemos a los otros, pero conservamos largo tiempo en memoria el daño que nos hacen. Y ello con razón: porque no sentimos los sufrimientos de los otros. Una vez que hayamos renunciado a reconocernos únicamente en los roles de los héroes o de las víctimas, el trabajo de memoria nos permitirá pasar no solamente de un caso particular a otro, considerando alguna vaga similitud o contiguidad entre ellos, sino pasar de lo particular a lo general. Es decir, de los casos particulares a los principios de justicia, de norma moral y de ideal político, que se pueden examinar y criticar con ayuda de argumentos racionales. El pasado no será entonces repetido hasta la saciedad, ni mancillado en analogía universal, sino más bien comprendido en su ejemplaridad. El buen uso de la memoria será el que sirva una causa justa, no aquel que favorezca simplemente nuestros intereses.

## Notas de traducción

<sup>I</sup> Jorge Semprun fue un escritor y un hombre político, resistente a la dictadura de Franco en su país de origen, España, emigró a París en 1930 y falleció en 2011. En 1943 fue capturado por la Gestapo y enviado al campo de concentración de Buchenwald. En 1945, fue liberado y escogió el olvido de sus experiencias hasta 1963, cuando publica *Le grand voyage* (El gran viaje). En 1994 publica *L'écriture ou la vie* (La escritura o la vida).

<sup>II</sup> Historiador norteamericano, de origen austríaco y de ascendencia judía, especialista del genocidio de los judíos europeos, cuya obra mayor es *The Destruction of the European Jews* (La destrucción de Judíos de Europa), publicada en 1961, reeditada en 1985 en 3 volúmenes, y actualizada hasta 2000. Ha fallecido en 2007 en Estados Unidos.

<sup>III</sup> Primo Levi fue un gran escritor y científico, de ascendencia judía, resistente a la dictadura fascista de su país, Italia, que fue capturado en 1943 y enviado al campo de exterminación de Auschwitz en febrero de 1944. En 1947 publica su primer testimonio : *Si questo è un uomo* (Si esto es un hombre). Y en 1986, *I sommersi e i salvati* (Los hundidos y los salvados), sobre las relaciones entre los cautivos y los verdugos nazis en los campos de concentración.

<sup>IV</sup> El verdadero nombre de « Duch » es Kaing Guek Eav. Fue descubierto por casualidad en 1999 e inculpado de crímenes contra la humanidad en 2007 (Tribunal ONU/Cambodia), tuvo dos juicios, en 2009 y en 2012, y fue condenado a la cadena perpetua. Durante su último juicio afirmó que « no hizo otra cosa que obedecer a las órdenes que se le dieron ».

<sup>V</sup> Notemos las grandes similitudes entre esas prácticas comunistas en Cambodia y las que fueron utilizadas por el Partido comunista del Perú-Sendero Luminoso, tal como ha constatado el Informe final de la CVR del Perú.

<sup>VI</sup> Estas consideraciones del autor son erróneas y meritan precisiones. La CVR del Perú estima un total de 70,000 muertos y desaparecidos entre 1980 y 2000. En 1990, el Informe Rettig de la Comisión de la verdad de Chile ha estimado que hubieron 3,200 muertos y desaparecidos entre 1973 y 1989. Se estima que en Argentina hubieron cerca de 30,000 muertos y desaparecidos entre 1976 y 1983 ; no ha habido ningun informe oficial hasta ahora. En Colombia, el gobierno estima que han habido 5 millones de víctimas desde hace 60 años, de las cuales 600,000 han sido asesinadas (40% por las FARC y el ELN, 35% por el ejército y 25% por los paramilitares).

<sup>VII</sup> En Francia, el ministro del Interior Charles Pasqua utilizó esta expresión en 1986, durante el gobierno de cohabitación del presidente Mitterrand y de su primer ministro Chirac, en un período en el que el país afrontaba varios atentados de grupos extremistas de Oriente Medio.